

RECORDANDO A MONSIVÁIS

Amistades peligrosas¹

Jean Franco

El funeral de Carlos Monsiváis en la ciudad de México fue un evento nacional que me recordó los grandes espectáculos funerarios decimonónicos: el funeral de Chopin en Sacré-Coeur, el del Duque de Wellington en la Abadía de Westminster y el de Victor Hugo en el Panthéon. Fui una espectadora distante que presencié en video el funeral de cuerpo presente en el Museo de la ciudad de México, en el que Marta Lamas y Elena Poniatowska formaron parte de la primera guardia de honor alrededor del féretro. En algún momento, alguien colocó la bandera del arco iris sobre la bandera nacional y sobre la de la UNAM, y Horacio Franco tocó la flauta junto al ataúd en un intencionado tributo gay. Nadie espera que los funerales sean paz y armonía absoluta, y en tanto que ocurrían cosas conmovedoras y absolutamente respetuosas, también hubo los que podríamos denominar "momentos monsvaisianos". A la mañana siguiente, el ataúd fue llevado al Palacio de Bellas Artes, acompañado de una vasta multitud, y el periodista Jenaro Villamil colocó la bandera del arco iris nuevamente sobre el féretro. Dos políticos de tendencias opuestas estuvieron ahí, Andrés Manuel López Obrador, de la izquierda, y el secretario de educación, Alfonso Lujambio, miembro del conservador Partido Acción Nacional. Cuando el secretario tomó lugar en la guardia de honor, la creadora escénica Jesusa Rodríguez cuestionó su derecho a estar ahí, y objetó que el PAN tuviera presencia oficial en el funeral del mayor disidente mexicano, para quien la multitud nunca era sólo una masa.

La multitud protagoniza las crónicas de Monsiváis. Mientras que muchos escritores modernistas europeos mantenían una imagen negativa de la multitud, en especial a partir de que las ciudades comenzaron a albergar

¹ Conferencia presentada en el foro "México independiente", en la Universidad de Columbia, Nueva York.

a inmigrantes de las antiguas colonias, para Monsiváis la multitud era el barómetro del cambio social, así como el medidor del índice de conformidad; su fuerza latente es el "desmadre", su expresión el "relajo". El primer término puede definirse, según el *Diccionario didáctico*, dirigido a niños en edad escolar y prologado por el propio Monsiváis, como "pérdida de la moderación, excesiva libertad en el modo de actuar, desorden o desorganización muy grande, fiesta desordenada". Lo fascinante es lo que parece derivar del verbo "desmadrar", que significa "separar a los críos de la madre para que no mamen más. *Hay que desmadrar al ternero para poder ordeñar a la vaca*". También significa "actuar con moderación". Así que mientras tener una madre parece ser algo positivo, la separación implica tanto la libertad como la carencia. Se vuelve más complejo cuando se considera que mientras madre se define como "causa y origen de donde algo proviene", "valer madre" significa "importar muy poco o nada". Sigo tratando de comprender el hecho de que a diferencia de "padre", que no permite ambigüedad, "madre" es tanto la fuente de la vida como algo sin valor, trascendente y susceptible (y eso sin mencionar las innumerables groserías cuya intención es manchar la pureza de la maternidad, que de forma meticulosa enumera Octavio Paz). "Desmadre" es el momento en que el control materno se relaja, para bien o para mal. En *Apocalipstick*, colección de crónicas publicada en 2010, Monsiváis escribe que "el desmadre es una necesidad social, algo más que el desahogo o la energía imposible de frenar: el desmadre borra jerarquías". En caso de que nos entusiasmemos demasiado con el término, añade que el desmadre "le da a la palmista o a la astróloga la oportunidad de inventar vidas y a sus clientes la felicidad de saberse poseedores de la Buena Suerte. El barman es el cancerbero perfecto a la entrada de la exaltación". Desmadre incluye futuros de fantasía e intoxicación embriagada. "El desmadre", dice Monsiváis, "es un caos inconcebible en el universo agrario, es el bono que las instituciones otorgan a los recién vecindados en la capital y de la noche a la mañana y de la mañana a la noche, se producen los canjes". La vida rural está regulada por temporadas y ciclos laborales. Esta regulación no aplica a la ciudad, donde la calle es un espectáculo que desafía la homogeneidad. ¿Cómo encontrarle sentido a un espectáculo callejero que incluye mujeres policía con un arma de fuego que

feminiza la fuerza pública, niños trapevistas en el salto mortal de una luz roja o una luz verde, barrenderos, jóvenes que se acercan a las cajas automáticas en actitud de exclamar Ábrete Sésamo, policías a modo de paisaje de la intranquilidad aquietada, niños que inhalan cemento (la autodestrucción como desinformación), tragafuegos, mimos, boleros, la pedagogía de la violencia que se inicia en la crueldad contra los animales?

Casi cada frase de esta descripción merece ser comentada, pero si hay un común denominador sería el potencial de violencia.

La escena de desmadre de la que Monsiváis casi siempre da crónica es la ciudad de México capturada al vuelo. Trato de resistirme a la tentación de hacer aquí referencia al *flâneur* descrito por Walter Benjamin o a las disquisiciones sobre la multitud de Elias Canetti, porque Monsiváis no tiene antecesores ni discípulos. Señala que en el México contemporáneo no hay *flâneurs*, porque el centro comercial ha reemplazado a la calle y el *voyeur* ha reemplazado al *flâneur*, pero la ciudad de México tampoco ofrece un escenario que pueda ser amoldado como una expresión coherente o redactarse como una teoría sobre las multitudes. Prefiere presentar la ciudad como una colisión simultánea de elementos incompatibles.

"Relajo", otra palabra importante en su vocabulario, se define como "alboroto o barullo, falta de orden o falta de seriedad". En *Mexican Postcards*, la traducción al inglés de algunas de las crónicas de Monsiváis, John Kraniauskas la traduce como "*fun*", diversión, aunque reconoce que este término no encaja del todo. Es lo que ocurre cuando se relaja el cumplimiento de las reglas. Tanto desmadre como relajo son contrarios al control gubernamental, al Estado que está ocupado con la imposición perenne y regularmente violenta de su orden, mientras que la camisa de fuerza de la tradición se amarra en torno a la Iglesia y su implacable culto a la Santa Madre, que nada tiene que ver con el desmadre.

Durante 42 años, Monsiváis escribió una columna en la revista *Siempre*, y posteriormente en *Proceso*, titulada "Por mi madre, bohemios". "Bohemios" es un arcaísmo que evoca un tiempo en el que los hombres salían a beber, libres del control de las mujeres respetables. Estos juerguistas hacían un saludo simbólico al pilar femenino de la burguesía familiar antes de embriagarse, antes del inevitable "desmadre". La columna enumeraba una serie de cosas absurdas que Monsiváis recogía de los discursos de los representantes del Estado y de la Iglesia: políticos, secretarios de Estado, obispos y arzobispos. En sus textos, la presencia del Estado está marcada sólo por cosas absurdas o por la violencia que ejerce. Cuando el presidente Fox, que alguna vez expresara de forma confusa estar a la "izquierda del centro", afirmó en su mandamiento séptimo: "Abriré el acceso a los medios de comunicación a las Iglesias, para que estas puedan difundir sus principios y actividades", Monsiváis tituló su columna "En defensa de las telenovelas, por última vez". En ella se preguntaba:

¿Necesitan los medios la autorización del panista para hacer lo que ya hacen, la difusión de los principios y actividades de la Iglesia católica exclusivamente? ¿La apertura

de los medios significará un cambio de programación y tendremos que ver a fuerzas telenovelas llamadas *Mirada de cardenal*, *Los ricos también pecan*, *Ave sin confesor*, [...] y *Nubes de castidad*?

Acuñó el término "foxeo" durante el sexenio de Fox, personaje que fue un blanco ideal debido a su religiosidad, así como también lo fue la Iglesia. Uno de los encabezados decía: "Urgimos a los mexicanos que creen que sin represiones no hay transición a la democracia, a solidarizarse con las posiciones del episcopado".

A pesar de que su columna era un arma de ataque contra los poderosos, fue en sus crónicas que registró la larga e inconclusa lucha contra el autoritarismo, una lucha en la que la multitud es, para bien o para mal, el barómetro. Desde su primer libro, *Días de guardar*, escrito tras la masacre estudiantil de Tlatelolco de 1968, un evento fundamental en su vida y en la historia de México, la multitud es la protagonista; sus principales colecciones de crónicas siempre incluyen fotografías de ella. En las páginas iniciales de *Días de guardar* hay una fotografía aérea de la multitud que se muestra como una masa, y, debajo de ella, en un pedazo de cinta de teleimpresor que hace las veces de explicación, hay un comentario anárquico: "multitud en busca de ídolos en busca de multitud, rencor sin rostro y sin máscara, adhesión al orden, sombras gobernadas por frases, [...] represión que garantiza la continuidad de la represión, voluntad democrática, renovación del lenguaje a partir del silencio, eternidad gastada por el uso, [...] locura sin sueño, sueños sin olvido, historia de unos días". El evento que hizo notorio el 68 fue el ataque a la autonomía de la Universidad por parte de los granaderos, el cual detonó una serie de manifestaciones en cadena y la posterior represión del movimiento estudiantil en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco, durante la víspera de las Olimpiadas. Las crónicas "La manifestación del rector" y "Marcha del silencio" ejemplifican la consigna monsvaisiana (que da título a uno de sus libros): lo fugitivo permanece. En "La manifestación del rector", Monsiváis condensa la historia de los movimientos disidentes y la represión gubernamental en una crónica del movimiento estudiantil, un recuento testimonial de la manifestación. Para él, la manifestación del rector fue un momento clave, cuando la confusión "se volvió resistencia al oprobio, esas primeras víctimas, esos primeros activistas, que no entendían por qué eran agredidos, pero que fueron conscientes de por qué no habrían de tolerar pasivamente la injusticia". En el último párrafo, llama la atención sobre el hecho de que el libro fuera publicado durante los últimos días del sexenio del presidente Díaz Ordaz:

[...] y en medio de una atmósfera de arco iris generalizado, borrón y cuenta nueva, buenos propósitos y dictámenes ponderados sobre la conclusión de una crisis —"lamentable pero pasajera"— de nuestras instituciones. Así, en concordancia con tan bien distribuido ámbito verbal y para honrar cualquier espíritu de optimismo, esta edición consta de cuatro mil ejemplares, cifra obligada y necesaria si se atiende a las correspondientes oficiales del desarrollo nacional. Doy fe. Carlos Monsiváis.

El tumultuoso presente no puede ponerse en forma de narrativa, o al menos no de una sola narrativa, con inicio, desarrollo y desenlace. De primera impresión, es sólo un pedazo de cinta de teleimpresor, un comentario al margen, y no tiene nada que ver con los calendarios o secuencias oficiales, sino con el desmadre del presente. Al tiempo que también escribía sobre autores, artistas, sobre el cine, sobre los reportes de crímenes, Monsiváis vuelve una y otra vez a la multitud para rastrear la historia subterránea de México a través de estilos, modas y relajo, en ocasiones medida en décadas de cambio, en ocasiones en horas, con la multitud como árbitro. En *Días de guardar*, *Amor perdido* y *Entrada libre*, escritos cuando el PRI aún estaba en el poder y tenía esa sofocante habilidad para controlar, Monsiváis vio las posibilidades de transformación que tiene la multitud —en particular cuando se une para exponer la opresión—, como ocurrió recientemente en Egipto, en 1968 en la marcha del silencio durante la huelga estudiantil y en 1985 tras el terremoto. Describe la protesta estudiantil en toda su gloria y confusión:

Han invadido los restoranes, las salidas de las fábricas, los mercados, las casas, las tiendas, las aceras, los camiones, las bardas, la inmovilidad ciudadana; hacen cadenas de manos para convencer a los automovilistas, trabajan la noche entera sobre los mimeógrafos, pasan a máquina sus volantes, discuten con sus padres [...] Pueden ser torpes, reiterativos, enfáticos, ingenuos. Tienen a su favor una virtud básica: no dependen para su lealtad de otro argumento ajeno a la fe primera: democratizar el país.

El 68 fue un momento clave y formativo para Monsiváis y para muchos otros, puesto que por algunas semanas todo el potencial creativo del movimiento estudiantil se desató y confrontó la cruda verdad de un régimen autoritario que reprimía cualquier amenaza al momento que ocurría —los trabajadores del ferrocarril, los doctores y luego los estudiantes—, y que posteriormente masacraría a partidarios zapatistas en Acteal, por mencionar sólo algunos de los momentos más evidentes en los que, habiendo fallado el intento de soborno y seducción, el Estado ha sacado las garras.

Me tocó estar con Monsiváis en dos ocasiones, una más importante que la otra, en las que la censura y represión estatal se impusieron sin reparo. Estábamos en un encuentro sobre cultura y dependencia en la Universidad de Guadalajara en 1976, y su conferencia tenía el aparentemente inocuo título "Notas sobre cultura mexicana en los sesenta". Comenzaba

con "una pesarosa despedida a Kafkahuamilpa", o la literatura nacional pretenciosa, y celebraba que la erupción de la cultura de masas y el angustioso crecimiento de la sociedad mexicana implicaban un desarrollo positivo que pronosticaba con regocijo un cambio en la escena cultural que hacía que el elitismo de la clase culta pareciera ridículo. Argumentaba que "el elitismo se ha mostrado como el dócil intermediario y glosa de las novedades metropolitanas, especialmente de Norteamérica". La Universidad de Guadalajara publicó esta agria despedida de lo "literario" y celebración de la cultura de masas como "desmadre", junto con los ensayos de los otros participantes. A la publicación siguió un silencio escalofriante. Por alguna razón las copias nunca llegaron a las librerías. Se descubrió finalmente que el gobernador había desterrado los libros al sótano de la universidad y no permitía su distribución. Este era el tipo de represión selectiva que llevaba tanto tiempo practicándose; es decir, los libros no fueron censurados, simplemente desaparecieron. Años después, encontré una copia en un puesto en una banqueta de la UNAM. No tengo idea de cómo logró salir de su prisión.

La segunda prueba del poder estatal ocurrió en 1976. El mismo grupo que había asistido al encuentro en Guadalajara estaba reunido en Cuernavaca, cuando una llamada telefónica urgente obligó a Monsiváis y a Héctor Aguilar Camín a volver a la ciudad de México. El periódico *Excélsior*, conocido como el *Le Monde* mexicano y editado por Julio Scherer, era lo más cercano que había a un medio libre. Un grupo de trabajadores y "ejidatarios" que argumentaban ser socios del periódico invadieron las oficinas y tomaron el control. Los invasores hacían alarde de su patriotismo y apoyo a los valores fundamentales de la Revolución, mientras que acusaban a Scherer y sus simpatizantes de elitistas y malinchistas. En un típico acto subversivo, el Estado evitó el escándalo de cerrar el periódico al hacer que sus fieles seguidores, que formaron la Asamblea Extraordinaria Definitiva, lo tomaran y acordaran la expulsión de Scherer y sus simpatizantes. Cuando Scherer trató de publicar una página en la que explicaba su política y exponía la intervención del presidente Echeverría (el cual era secretario de gobernación cuando la matanza de Tlatelolco y es responsable del asesinato de los estudiantes), esta apareció en la siguiente edición pero en blanco. En unos cuantos días, *Excélsior*, que alguna vez fuera el periódico más responsable del país, se convirtió en la voz del poder. Vale la pena recordar que el periódico tuvo problemas nuevamente cuando, años después, en 2006, el periodista Manuel Nava expuso las maniobras ocultas del presidente Fox

para obtener control sobre el periódico, cuya lealtad al PRI no convenía al gobierno que ahora estaba en manos del PAN. Nava fue asesinado a puñaladas, pasando a ser uno más de una lista de periodistas asesinados que sigue creciendo exponencialmente.

La toma de *Excélsior* en 1976 tuvo un lado positivo. Incitó a los intelectuales a liberarse lo más posible del patronazgo gubernamental. Octavio Paz fundó *Vuelta* para reemplazar *Plural*, el suplemento de *Excélsior* que editaba. Scherer fundó el periódico *Unomásuno* y la revista *Proceso*, demostrando así que el control de un solo partido y la manipulación de las altas esferas ya eran escándalo de dominio público y cada vez había más resistencia en su contra.

En 1987, Monsiváis publicó su libro más optimista, *Entrada libre*, cuyo prólogo se titula "Lo marginal en el centro". Comienza diciendo:

¿Cuánto falta en México para el pleno ejercicio de la democracia? [...] A la gente [el pueblo] [las comunidades] le urge conducir sus propios destinos. [...] La experiencia del terremoto le dio al término sociedad civil una credibilidad inesperada. También, y casi al instante, se advirtieron las inmensas dificultades [...] no es mera cuestión del deseo la consolidación de espacios de autonomía. Hay que romper barreras históricas, de la psicología colectiva y de las estructuras de poder.

Entrada libre. Crónicas de la sociedad que se organiza registró la extraordinaria respuesta de la población al terremoto de 1985. La respuesta del gobierno fue lenta, y, cuando por fin anunció un plan, implicaba enviar al ejército a proteger los edificios y mantener fuera a los voluntarios cuyo involucramiento había salvado hasta ese momento muchas vidas. El terremoto también expuso el escándalo: la explotación de las costureras en las maquilas, muchas de las cuales murieron en los talleres atestados. Monsiváis escribe que "la ciudad de México conoció una toma de poderes, de las más nobles de su historia, que trascendió con mucho los límites de la mera solidaridad: fue la conversión de un pueblo en gobierno y del desorden oficial en orden civil. Democracia puede ser, también, la importancia súbita de cada persona". Creo que el subtítulo de este libro expresa el ideal político que defendió durante toda su vida, aunque este sólo se hiciera realidad de forma intermitente. El libro, como todas las crónicas, incorpora fotografías de multitudes. Sobre una de ellas escribe: "Esta es la generación del terremoto. Ya no creemos en la 'normalidad' del autoritarismo". Sin embargo, equilibraba su optimismo con un tributo mordaz al poder permanente del Estado. Un ensayo sobre la explosión de una planta de gas en la ciudad de México en 1984 se vuelve una crónica de la negligencia institucional y una historia sórdida del abandono de las clases bajas. La explosión dejó un saldo

de dos mil muertos según los habitantes, 500 según el gobierno, 200 heridos, 10 000 casas afectadas y 500 destruidas. Al enfrentarse a las mentiras y la indiferencia del gobierno al que parecía importarle poco el caso, la población local realizó asambleas y exigió una indemnización, pero sólo obtuvo como respuesta indiferencia, pues eran pobres, así como una demostración de la fuerza del gobierno. Uno de los líderes fue asesinado, uno de sus curas fue enviado a otra parroquia, y los habitantes de los barrios marginales no sólo fueron ignorados, sino que el lugar que poblaban pasó a ser el culo de las zonas de gente pudiente, en las que circulaban chistes de mal gusto que los ridiculizaban. Monsiváis utiliza aquí el término "relajo" no en el sentido divertido, sino como algo más bien perverso: el entretenimiento ostentoso de la élite que castigaba verbalmente a aquellos que denominaban "esta especie degradada". Es claro que para Monsiváis la multitud que se organiza sólo prevalece de forma intermitente.

Entre *Entrada libre* y las crónicas posteriores, *Los rituales del caos* y *Apocalipstick*, encuentra un humor agrio en la explosión que sufriera la ciudad de México, en la que pasó de ser un conjunto íntimo de barrios fácilmente reconocibles y distintos entre sí, a ser una megalópolis que desafía la posibilidad de ser descrita. En cada una de estas colecciones de crónicas, su preocupación es el cambio ocasionado por la explosión poblacional, el neoliberalismo y los medios de comunicación. Aunque en *Los rituales del caos* aún es capaz de considerar que "la diversión genuina (ironía, humor, relajo) es la demostración más tangible de que, pese a todo, algunos de los rituales del caos pueden ser también una fuerza libertadora", ahora reconoce que el caos también puede presentarse en forma de control, paradójicamente como una manera de disciplinar.

Muchas de las fotografías incluidas en el libro que ilustran esta contención son de multitudes en conciertos, en una piscina, en un *viacrucis*, en una procesión, tras un partido de fútbol o apretujados al borde de la asfixia en el metro:

Se puede hacer abstracción del asunto, ver o fotografiar amaneceres desolados, gozar el poderío estético de muros y plazuelas, redescubrir la perfección del aislamiento. Pero en el Distrito Federal la obsesión permanente (el tema insoslayable) es la multitud que rodea a la multitud [...] Quedarse en la capital de la República es afrontar los riesgos de la contaminación, el ozono, la inversión térmica, el plomo en la sangre, la violencia, la carrera de ratas, la falta de significación individual.

Los rituales del caos está organizado como esos programas de televisión que seccionan el tiempo en segmentos de una hora, "La hora del transporte", "La hora de la sociedad del espectáculo", "La hora del consumo

alternativo". Entre estas "horas", Monsiváis inserta las "Parábolas de las postrimerías", pues el desastre total está en el horizonte. Habiendo sido criado como protestante y siendo un gran lector de la Biblia, le fascina el grotesco encuentro de las profecías del fin de los tiempos con el consumismo neoliberal. Su descripción de las procesiones a la Basílica de Guadalupe la noche del 11 de diciembre, titulada "La hora de la tradición", es una evocación poderosa de cómo una tradición manufacturada en la causa del nacionalismo y la religiosidad se vuelve algo completamente diferente con el advenimiento de la televisión.

Históricamente, la tradición guadalupana ha sido "la forma más encarnizada del nacionalismo". Muchos de los peregrinos se visten con prendas que pasan por vestidos mexicanos "tradicionales". "Lo cierto es que, apretujado en la nueva Basílica, soy testigo del escamoteo: a la piedad que observa la sustituye la piedad que se siente observada." La festividad de Guadalupe no es sólo un despliegue de religiosidad, sino una demostración de desmadre en una nación que cambia de manera vertiginosa:

[...] admite como voceros a teponaxtles y tambores, se desdobra en peregrinos y turistas, se abisma igualmente en ritmos prehispánicos y en marchas de John Philip Sousa, calienta tortillas, bebe de aquí a la siguiente sobriedad, deposita flores en el altar, se santigua, se enfada al no sentirse súbitamente traspasada por la bendita mortificación... En el tumulto, la religiosidad se democratiza.

El nuevo sincretismo vincula la industria de la cultura y el legado cósmico.

En esta, como en la mayoría de sus crónicas, es casi imposible prestar la debida atención a todos los cambios de estilo, de ensayo a intervención, dramatización, sarcasmo, ni se puede enfatizar en exceso su complejidad a medida que analiza, hace ventriloquia, se burla y esquematiza su descubrimiento de que "'El fin de la mística es la sobrealbundancia de la tecnología.' No sé quién dijo esta frase, o si alguien la dijo, o si es uno de mis presentimientos póstumos (la nueva especie en los años del neoliberalismo)".

El encogimiento del espacio en la megalópolis marca el fin de cualquier noción de individuo libre según la teoría liberal. "En el Metro, la densidad humana no es sinónimo de la lucha por la vida, sino más bien de lo opuesto. El éxito no es sobrevivir, sino hallar espacio en el espacio. Somos tantos que el pensamiento más excéntrico es compartido por millones. Somos tantos que a quién le importa si otros piensan igual o distinto." ¿Cómo hallar espacio en el espacio? Cada auto es una metáfora bíblica en la que hay espacio para el solitario, para la pareja, para las familias, tribus y generaciones. En

el metro, el individuo pierde significado cuando el cuerpo mismo ya no puede ser identificado como propio.

En la parábola final de *Los rituales del caos*, "El apocalipsis en arresto domiciliario", Monsiváis se expresa como profeta desilusionado, que se conmociona al ver aparecer a la bestia del apocalipsis:

Y vi de reojo a la Bestia con siete cabezas y diez cuernos, y entre sus cuernos diez diademas y sobre las cabezas de ella nombre de blasfemia. Y la gente le aplaudía y le tomaba fotos y videos y grababa sus declaraciones exclusivas, mientras, con claridad que había de tornarse bruma dolorosa, llegaba a mí el conocimiento postrero: la pesadilla más atroz es la que nos excluye definitivamente.

Entre las citas que sirven de epígrafe a *Los rituales del caos*, hay una de John Kenneth Galbraith que dice: "Lo único que puede decirse del caos es que es bueno para la libre empresa".

Las crónicas registran el advenimiento de la sociedad de libre mercado promovida por el nuevo poder político del PAN y el presidente Fox. Se desmanteló la sociedad de bienestar autoritaria y el sector agrario fue dominado por el comercio. Entre los jóvenes de clase baja, la mejor oportunidad de trabajo se encontraba en los cárteles de droga que los entrenaban para matar. Pero ahora la violencia se ha extendido más allá de los cárteles. Hace unos días se reportó que varios jóvenes fueron torturados y asesinados en Cuernavaca sin razón aparente. Una vez más los ciudadanos se han manifestado, pero en esta ocasión "en representación de todos los muertos inocentes de esta guerra podrida". El descabezado, como argumentara Sergio González Rodríguez, era la señal de advertencia de la nueva era, que ya se anticipaba en la década de los noventa cuando los cuerpos torturados de mujeres violadas empezaron a ser encontrados en Ciudad Juárez y, posteriormente, en otras partes de México y en el "triángulo negro" de Guatemala, El Salvador y Honduras.

La fraudulenta derrota de Cuauhtémoc Cárdenas estuvo seguida de la cuestionable derrota de López Obrador, a quien Monsiváis describía antes de que pusiera en práctica sus tácticas de bloqueos como un líder de la gran resistencia al neoliberalismo. El tejido de México, las ideologías y prácticas que propulsaron a la nación durante las décadas posteriores a la Revolución estaban en crisis. Si hay un despliegue de políticas neoliberales enlazado a una sociedad ya de por sí corrupta es este. México es un Estado en el que las instituciones que ya estaban corrompidas están tan infiltradas que han ofrecido coludirse en vez de resistirse al creciente tráfico de drogas. El colapso de la economía agraria, consecuencia del Tratado de Libre

Comercio, y la anegación del mercado con maíz estadounidense de mala calidad generaron una multitud de desempleados no sólo preparada para trabajar para los cárteles, sino dispuesta a ello. El control paternalista del PRI había dado paso al desmadre del liberalismo y a una función estatal que es principalmente cosmética.

El "Estado cosmético" es el escenario político de *Apocalipstick*. Es difícil encontrar lo positivo en una sociedad cuyo imaginario social está dominado por el miedo. Este, escribe Monsiváis, genera la exigencia de "la militarización, las cadenas perpetuas, la pena de muerte, el toque de queda, las armas para todos y el incremento de las compañías de seguridad privada". La situación no carece de humor negro; sin duda, hay comedia en las circunstancias extremas. Por ejemplo, cuando un grupo de ladrones invade una casa en la elegante zona de Lomas Altas durante el festejo de una boda, justo cuando el cura está por dar la bendición, y ordena a los invitados a entregar sus joyas. Los ladrones le dicen al cura: "Mire padrecito, para nosotros el blasfemo es el que no trae cartera".

La portada de *Apocalipstick* es una fotografía de miles de cuerpos desnudos, de culos al aire, de hombres y mujeres desnudos que posaron para el fotógrafo Spencer Tunick en el Zócalo como una manifestación contra la vergüenza, el mecanismo de control de la tradición descrito entonces como una necesidad social. Lo importante no es mostrar a los individuos, sino el patrón que crea el conjunto de cuerpos, como si se tratara de las piedras regulares del piso de un patio. Si no estuvieran desnudos podrían parecer un grupo de musulmanes rezando. Sin embargo, también es una forma de protesta.

No todo es apocalipstick. También hay disidencia: la disidencia de las marchas gay, de las manifestaciones de feministas e incluso de protestantes o de ambientalistas. Dos de las crónicas más largas relatan la marcha zapatista de Chiapas al norte de México y la manifestación masiva en el Zócalo en apoyo a López Obrador, justo antes de su derrota manipulada y de la elección de Calderón por parte de una mayoría mínima y muy disputada. A pesar de haber sido impresionantes, ninguna de las dos logró un cambio en la sociedad. Hay una delgada franja de decepción que empaña la euforia de estos acontecimientos. En el epílogo, Monsiváis describe a los jóvenes participantes de la marcha lopezobradorista que prometen "vamos a cambiar el país". Su respuesta evoca toda una vida de esperanza y decepción: "¿Cuántas veces he oído esto? ¿Hasta dónde llega la confianza? ¿Cuándo sobrevendrá la desilusión? Por lo pronto, este movimiento es lo más real

en el horizonte de posibilidades de un sector enorme". El título del epílogo, "Lágrimas de piedra en el Bicentenario (2210)", celebra el bicentenario postapocalíptico de la desaparición de la antigua humanidad.

El humor era su arma contra las constantes predicciones del fin de la civilización como la conocemos. Pero no era la civilización como concepto abstracto lo que le interesaba, sino una civilización en particular, epitomizada en la inmensa y creativa diversidad de México en la que el Estado nunca ha confiado.

Monsiváis siempre fue complejo. Hizo más que nadie al apoyar los derechos de los gays y las causas feministas en México; por ejemplo, su libro sobre Salvador Novo, *Lo marginal en el centro*, es un penetrante estudio de la sensibilidad gay. Su colección de cultura popular, que el Museo del Estanquillo alberga, sigue burlándose de la intolerancia y cerrazón de la historia oficial que se encuentra albergada tanto en el Castillo de Chapultepec como en el Museo de Antropología.

Cuando estaba preparando este texto, entre mis libros encontré su ensayo "Los mil y un velorios. Crónica de la nota roja". En la guarda había escrito una dedicatoria: "Para Jean, el ataúd en donde descansa para siempre mi prosa" ●